El amor y la locura

Adaptación original por Shyvirelle en prosa española, basada en la fábula «L'Amour et la Folie» de Jean de La Fontaine. No es una traducción literal.

Adaptación libre original de Shyvirelle, basada en «L'Amour et la Folie», de Jean de La Fontaine. Los diálogos en prosa y el ritmo narrativo son recreaciones de esta versión; el argumento esencial procede de la fábula francesa.

Se ha intentado explicar el Amor de muchas maneras. Unos hablan de sus flechas; otros, de la llama que lleva consigo; algunos se preguntan por qué un dios capaz de cambiar la vida de todos parece tan joven. Nadie agota ese misterio en una sola respuesta. La historia que sigue se ocupa de una pregunta más concreta: ¿por qué el Amor, que antes veía, necesita ahora que alguien lo guíe?

En un tiempo que pertenece a los relatos de los dioses, el Amor y la Locura pasaban un rato jugando juntos. Al principio no había motivo para pensar que aquella diversión terminaría mal. El Amor podía mirar el camino y distinguir los rostros. La Locura cambiaba de idea con la velocidad de quien no soporta esperar.

La conversación se volvió una discusión. El Amor sostuvo que, antes de continuar, sería mejor presentar el desacuerdo ante un consejo de dioses. Allí podrían escucharlos y decidir con justicia. La Locura consideró insoportable la propuesta.

—¿Un consejo? ¿Vamos a detener el juego para que otros hablen por nosotros?

—No tenemos por qué resolverlo a golpes —respondió el Amor—. Podemos esperar una decisión.

Pero la Locura ya no quería oír razones. En un arrebato, golpeó al Amor con tal fuerza que le arrebató la vista. Lo que un momento antes era una disputa terminó en una desgracia: el Amor tanteaba el espacio, incapaz de reconocer por sí solo hacia dónde debía caminar.

La noticia llegó a Venus, su madre. Al ver a su hijo sin poder orientarse, exigió que se hiciera justicia. No pedía únicamente que castigaran a quien lo había herido. También quería una respuesta al daño que había quedado.

Ante los dioses, Venus habló de la gravedad de lo ocurrido. Recordó que el Amor había perdido una capacidad que poseía antes de aquel juego. Mencionó su desamparo y señaló a la Locura como responsable. No habría castigo que le pareciera suficientemente severo si, al terminar el juicio, su hijo seguía sin poder dar un paso con seguridad.

La reclamación llegó a un tribunal extraordinario. Se consideró la opinión de Júpiter, de Némesis y hasta de los jueces de los dominios subterráneos. Los dioses debían sopesar dos cosas a la vez: el daño ocasionado y la necesidad de poner remedio a sus consecuencias.

Castigar a la Locura podía expresar desaprobación, pero no devolvería por sí mismo los ojos al Amor. Dejarla marchar como si nada hubiera sucedido también parecía injusto. Después de considerar el asunto, el tribunal dictó una sentencia tan sencilla como sorprendente.

Desde aquel momento, **la Locura tendría que servir de guía al Amor**.

Así, quien había provocado su ceguera quedaba encargada de acompañarlo por los caminos. No recuperaron el tiempo anterior al golpe, ni las cosas pudieron volver a ser exactamente como eran. El Amor siguió adelante sin ver; la Locura, ahora obligada a conducirlo, avanzó a su lado.

¿Fue una condena acertada? ¿Un castigo que además reparaba algo? ¿O una solución que haría todavía más impredecible el camino del Amor? La historia deja esa respuesta en manos de quienes alguna vez han amado.